

JACINTO HERRERO ESTEBAN

LOS POEMAS DE AVILA



SOLEJAR DE LAS AVES

JACINTO HERRERO ESTEBAN nace en Langa (Ávila) en 1931. Bachillerato en Valladolid. En Ávila se ordena sacerdote en 1956. Trabaja en Managua (Nicaragua) y su amistad con Pablo Antonio Cuadra decide su ya clara vocación poética. En la trapa de Getsemaní, en Kentucky (USA) conoce a Ernesto Cardenal y a Thomas Merton que influirán también en su modo de ver el fenómeno poético. Regresa a España en 1959 y sera cura rural en Madrigal de las Altas Torres y en Monsalupe. Cursa en la Universidad de Madrid Filología Románica, cuya licenciatura obtiene en 1965. Un verano en Perugia, en el 64, le acerca a la literatura italiana que será, junto a la hispanoamericana, el sustrato de su terrero poético. En Ávila trabaja desde 1965 como sacerdote y como profesor de literatura. Aquí funda y dirige la colección *el toro de granito*, en 1964, que, tras una breve desaparición, alcanza ahora el número 20. Colabora en las revistas poéticas con no mucha asiduidad. Perteneció a la mesa de crítica de poesía de la revista *Reseña*, y actualmente pertenece al equipo de *Ambito Literario de Castilla y León*, de Valladolid.

Obra: *El Monte de la Loba*, col. el toro de granito, nº 2. Ávila, 1964.

Tierra de los conejos. I premio "Rocamador"., 1965. col. "Rocamador", nº 61. Palencia, 1967.

Ávila la casa, premio Hogar de Ávila en Madrid, 1969. col. "Alamo", nº 7. Salamanca, 1969.

La Trampa del Cazador, col. "Adonais", nº 314. M. 1974.

Solejar de las aves, Bilbao, 1980. Edición ilustrada por M. A. Espí, limitada a 100 ejemplares.



AS-16



Institución Gran Duque de Alba

IMPRESA COMERCIAL

Institución Gran Duque de Alba

IMPRESA COMERCIAL-AVILA

DEP. LEGAL AV - 418 - 1982

JACINTO HERRERO ESTEBAN



LOS POEMAS DE AVILA

y

SOLEJAR DE LAS AVES

AVILA - 1982



Institución Gran Duque de Alba

PROLOGO

“Los poemas de Avila”, primer poemario del libro, es una cuidada y completa recopilación de los poemas de Jacinto Herrero inspirados en la vivencia y la querencia de Avila, los abulenses y lo abulense. Poemas, publicados ya los más e inéditos los menos, que aparecen por primera vez juntos e ilustrados con dibujos de Javier Paradinas.

Son poemas bellos y auténticos, vividos y por ello sufridos. Poemas en los que palpitan un amor constante y una constante queja, en los que se aprecian una honestidad vital y una sobriedad poética que les ponen muy por encima de tanto ripio fácil, de tanta metáfora hueca como en nuestros monumentos e historia han pretendido inspirarse.

Poemas entre los que median cerca de veinte años, y que por ello son hijos de distintas circunstancias y diversos modos poéticos, pueden resultar hoy distintos pero en todo alguno son desiguales, que un mismo serio quehacer, una misma inspiración y una constante calidad les hermanan. En ellos puede rastrearse una biografía vital y poética (prácticamente son una misma cosa) de su autor, y con ellos puede formarse una peculiar “Guía poética de Avila”, cuya interesante lectura se propone a quienes quieran saber como se sigue solitariamente el rastro a la verdad y a la belleza por entre calles, campos y recuerdos en los que el tiempo —a veces— se diría detenido.

“Solejar de las aves”, el último de los poemarios, es un facsímil del libro de poemas que en 1981 ilustraba con sus dibujos Miguel angel Espí. Aquella primera edición de gran formato (42 x 30 cms.) y corta tirada (100 ejemplares numerados) es la que hoy se reproduce con mayor tirada y menor formato (por esta última causa los dibujos han perdido algo de su soltura).

Los poemas de “Solejar de las aves”, hondos y trascendentes, entran también de lleno en lo abulense. En ellos el poeta, aquél muchacho sobre el que en Langa “volaban los pardales, las urracas y el pato amenazado del cazador”, presenta una visión campesina y globalizadora de la existencia, en poemas en los que la palabra precisa surge fresca, viva; en poemas que son colofón perfecto de este volumen.

José Luis Gutiérrez



Institución Gran Duque de Alba

INDICE

LOS POEMAS DE AVILA

LA CIUDAD Y LOS CASTROS

	<i>Págs.</i>
Pequeño zoo ibérico	15
Avila	17
Invierno en Langa	18
Avila, Mercado Chico	19

AVILA LA CASA

QUIETUD AMURALLADA. Leopoldo Paumero	24
--	----

AVILA LA CASA

1. Es el paisaje piedra y el ganado	27
2. La inmóvil estación en que la nieve	28
3. ¿Adónde irás, ciudad de alta meseta?	29
4. Rastrosos vuelos de perdices rojas	30
5. Adaja va, lentísima corriente	31
6. Fue un tiempo que paso: los caballeros	32
7. Su voz era de aguas manantiales	33
8. Vivís. Nada ni nadie en mi memoria	34
9. Las gentes del trigal y la amapola	35
10. A veces me sucede que me siento	36
11. ¡Oh sensitivas tardes de azulada	37
12. Ya sentirá la catedral querencia	38
13. El agua vóo en el pozo de su huerto	39
14. Y si yo muero —¡moriré mañana!—	40

LA CORONA DEL AÑO

Octubre	43
Noviembre	44
Diciembre	45
Enero	46
Febrero	47
Marzo	48
Abril	49
Mayo	50
Junio	51
Julio	52
Agosto	53
Setiembre	54

VARIACIONES SOBRE SETIEMBRE

Págs.

Agrio Limón de la tarde.....	57
El hombre que ha nacido a la tristeza.....	58
Por los andamios antiguos.....	59
Setiembre cazador, viejo galgo Setiembre.....	60
Porque es hombre sin bienes.....	61
Mediterráneo, 70.....	63

DORMIDA ESFINGE

Dormida Esfinge.....	67
Tierra de Benjamín.....	68
Cómo amarte tanto, Avila.....	69
¡Snack Bar!.....	70
Avila, clara te irás.....	71
Elogio de Avila en el Quijote Apócrifo.....	72

TRES SONETOS A LANGA

1. Vuelvo a la tierra que nacer me viera.....	77
2. En tu poca belleza, no yaciente.....	78
y 3. Y que yo recorría tus trigales.....	79

SAN JUAN, SANTA TERESA

Lima Sorda.....	83
Crónica de otoño, 1582.....	87

EL JUEGO DE LAS TRANSCRIPCIONES

Nouveau venu, qui cherches Rome en Rome.....	93
Buscas en Roma a Roma, ioh, peregrino!.....	94
Buscas Avila en Avila, romero.....	95

SOLEJAR DE LAS AVES

El vuelo de Calandrias.....	99
Sylvia.....	103
La picaza.....	105
Alondras.....	109
La Oropéndola.....	111
Tordos.....	117
La paloma.....	119
Alcaravanes.....	123
El verdecillo.....	125
Gorriones.....	129
El pájaro solitario.....	133
Buho real.....	135
Gaspar Haunser.....	139
El paso.....	141



Institución Gran Duque de Alba

JACINTO HERRERO ESTEBAN

LOS POEMAS DE AVILA



DIBUJOS

JAVIER PARADINAS

La ciudad y los castros

de “Tierra de los conejos”.



Institución Gran Duque de Alba





Institución Gran Duque de Alba

Pequeño zoo ibérico

Un día, al menos, dejadme ser sencillo
para amar lo más simple
y olvidaré, si puedo, mucha Historia.

No cantaré yo entonces a la tierra
de piel de toro, Tarsis
legendaria, Ultimas Columnas
de Gades al Poniente.
Cantaré otra España, la primera,
en su raíz, querida
tierra de los conejos.
Y yo, alegre, me dejaré morir
por su pequeño, familiar origen.

Naciente Patria. Cielo
libre, intenso, donde vencejos
tejen en negros trazos
el azul que se agrisa.
Añiles flores del tomillo
entre breves chaparros y silvestres
encinas sin bellotas. Amarillas
vivísimas retamas, donde mueven
sus morros diminutos, sensitivos
conejos grises.
Venillas capilares de los ríos
que hacen crecer en frescor húmedo
la clara fronda de las márgenes,
nidales de los parros,
mirlos, cuclillos, garzas y torcaces
palomas. Gazapos como un temblor
o muy activa timidez.
Me detengo
y veo pronto
sus ojillos redondos, su pelo azul pizarra
como animado musgo entre el granito.
En breves saltos vienen,
se ponen al acecho,
hacia mí avanzan precavidos. Todo
tiene ahora vida, el brillo de los aires,

los lejanos ladridos de los perros,
el calor que hormiguea por la sangre
joven, recién nacida cada día.
España, sin más nombre.
Cómo sobre las ruinas de castros y poblados,
en montes milenarios todavía
para años venideros, igual que antes
de la primer historia transcurrida,
con nuestro puro origen nos unen los conejos.

En el constante azul idéntico
tejen con humo en trazos blancos
sus vuelos los pilotos.
Más cerca, los motores
rugen por el asfalto.
Se oyen varios disparos
de solitarios cazadores.
Se abrasa el cielo de llamas: ¡Mediodía!
Todo parece estar en el principio
y España, virgen, renacida, bulle.

Avila

(escrito en Managua)

Eres como si un pájaro habitara
en mis ojos: Si los cierro, te vienes
a visitar mi sueño. Y, despierto,
tu vuelo y mi mirada van muy juntos.

(Yo llevo mi ciudad siempre conmigo
que me llama —¡qué cielo hay, qué torres!—
y construyo sus calles con recortes
de cartas que me llegan). Yo diría

que oí, débil, tu voz en el peligro
de la noche —¿o de nuevo soñaba?—
mojada por la lluvia. Te abro, sí;
refúgiate en mis huesos; oh, refúgiate

de este invierno de olvido, tormentoso.
Pájaro tímido: ésta es tu casa;
descansa ya, come, soy fruta y sombra

donde es bueno vivir. Avila mía,
España; crece en mí, crece mañana.
Yo te renuevo, sufro, te envejezco.

Invierno en Langa

Yo bien veo que un árbol
es distinto de todo:

Claman oscuramente
las raíces: "Queremos
los jugos de la Tierra.
Avidas los sorbemos".

En cambio, conmovidas
entre la luz, las hojas
protestan: "Necesario
es el viento".

Las horas
pasan en plena lucha.
La libertad se gana
contra la mineral
raíz, que quiere suyo
el árbol por entero.

Y, vistos en las calles,
la ciudad no sospecha
esta oculta contienda.
Pero en el campo es claro
que el otoño es victoria:
Vagan las hojas, libres,
en la bondad del aire,
y los troncos, desnudos,
se yerguen junto al puente.

(Vivir, vencer, ser libre,
morir en la esperanza).

Ahora, en el invierno,
funde cosas la niebla.
Nos sobrecogen, lentas,
las ruinas de la vida.
Oyese por las varas,
grises y verticales,
como insepultos huesos
de un animal podrido,
silbar una promesa
cada año repetida.

Avila, Mercado Chico

Amigo mío: ser feliz
no será fácil esta tarde
porque te palpas a ti mismo
anhelante
como raíz insatifecha de su tierra,
y, por contraste, estos muchachos
apoyados en los pilares de los pórticos,
ahora que dan las siete,
sonríen
a las muchachas que se acercan
fieles a su palabra:
—Mañana hacia las siete.
—Está bien —te besa— No faltaré.
Y tú te citas, solo, con ti mismo,
oyes las aturcidas campanadas
del tiempo en otra orilla
y nadie o nada llega a ti.
Te paras escuchando: “¿Qué habrá detrás?,
pues no puede acabarse todo en esto
por más que nos parezca deleitoso
(y sabemos que es falso) pasar
con este atardecer hacia otro
día igual”. Te rebelas,
alma, doliente, esquiva.
Se contonean rítmicas, sin peso,
las muchachas. Ellos toman su mano,
marchan por otras calles, hablan.
Te veo alzar los ojos
al encuadrado cielo en los tejados,
encima de la plaza, como lugar más libre,
y, plenamente vivo,
tu corazón reclama luz, casi flotante
espacio, como amor que se sufre.
Y tú dices cansado:
—Lo que más me impacienta
son las limitaciones impuestas desde fuera.



Institución Gran Duque de Alba

Avila la Casa

(glosa a Leopoldo Panero)



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

"dentro en Burgos la casa"

(Mio Cid).

"En esto se nos apareció Avila... El ceñidor de las murallas de la ciudad subía a nuestros ojos; a un lado de él, fuera del recinto de la urbe, la severa fábrica de la basílica de San Vicente, y en lo alto, dominando Avila, la torre cuadrada y mocha de la catedral. Y todo ello parecía una casa, una sola casa, Avila la Casa".

(Miguel de Unamuno)



Institución Gran Duque de Alba



Quietud amurallada

(Avila, la noche)

*¡Oh suelta piedra gris del yermo frío!
Avila está desnuda junto al cielo.
Fugitiva del tiempo, toca el suelo
para dar a sus alas nuevo brío.*

*Contra el agua sonámbula de río,
las torres transparentan su desvelo,
y el corazón inmoviliza el vuelo
de las cosas lejanas, sueño mío.*

*Mi sueño son y mi total tristeza;
y mi límite son frente a la nada;
y es mi consuelo amar, Avila pura...*

*¡Que la nieve defienda tu pureza,
el agua tu quietud amurallada,
y tu absoluta paz la noche oscura!*

Leopoldo Panero.



Institución Gran Duque de Alba

Avila la Casa

1

Es el paisaje piedra, y el ganado
inmóvil, en piedra yerta pastorea,
que la roca lo invade y lo rodea
de ruda calma y tiempo acumulado.

Piedra es la encina quieta que ha logrado
su entraña abrir al aire que la oreo
de la humedad del musgo. Piedra crea
horizontes de viento abovedado.

Piedra sólo contemplo, piedra ungida
de maternas ocre, de inconsciente
belleza gris en pobre labrantío.

Junto a ti lenta pujará la vida
que la escarcha detuvo en la simiente:
¡Oh suelta piedra gris del yermo frío!

La inmóvil estación en que la nieve
tu velo fue de bodas, ciudad mía,
se aleja ya. Prepárate este día
a desposarte al viento. Lenta bebe

el deshielo la piedra y gloria breve
el Austro canta al recorerte fría:
cálido te desnuda. Qué armonía
arranca de tu cuerpo el roce leve.

¡Oh corta primavera, corta vida
para tanta belleza como brota
a flor de sueño yerto por el suelo!

Naciente, entre la luz amanecida,
virgen labrada en época remota,
Ávila está desnuda junto al cielo.

¿Adónde irás, ciudad de alta meseta,
por los malos caminos, andariega
hacia las sierras? Mira: el sol ciega
la tierra en la Moraña. Ya la quieta

vastedad de los trigos nos sujeta
la mano al ritmo de hoces en la siega.
Si guerrera has nacido y no labriega,
contrario viento hoy sopla en tu veleta.

Sé humilde, Avila pobre; llora y cesa
de perseguir tu gloria que no muere.
Que nadie diga ya que no le pesa

a tus severos muros el desvelo
o el dolor de los tuyos no le hiere:
Fugitiva del tiempo, toca el suelo.

Rastreros vuelos de perdices rojas
sobre lúcidos trigos amarillos.
Variopinto fulgor de los cuclillos
en bardales de piedra. Paticojas

cigüeñas en las charcas. Tiernas hojas
de roble, encinas, chopos y negrillos.
Alamos que a la plata robáis brillos.
Solar techo de vidrio que lo alojas.

Yo he visto todo esto, os lo aseguro,
y en la ciudad los tordos en bandada.
¡Simplicidad sin mancha, oh albedrío!

Avila se tendía al aire puro
tomándose un respiro en la escalada
para dar a sus alas nuevo brío.

Adaja va, lentísima corriente
por tu dorada piel embellecida,
lamiendo con su lengua tanta herida
como el tiempo te hizo. Bajo el puente

recita el agua casi balbuciente
la flor de los romances, la perdida
canción. Intenta luego en la crecida
aprender otro ritmo, es estridente

crujir de llantas sobre el puente nuevo.
Aprender de este tiempo lo preciso
para no envejecer. Hay un desvío

en aceptar tu imagen del Medievo:
inmóvil y hecho flor quedó Narciso
contra el agua sonámbula del río.

Fue un tiempo que pasó: los caballeros
al rey sobre un tablado destronaban,
o contra el César, turbias, se agitaban
las villas; defendían viejos fueros.

La noche acuchillaban los aceros
toledanos. Los gremios pululaban.
Merinas trashumantes preocupaban
a la opulenta Mesta. Y los arrieros

partían con labriegos la pobreza.
Mudó hacienda y destinos la fortuna,
mas sigue el labrador mirando al cielo.

Mi ciudad a él levanta su cabeza
y, mientras vida pobre nos acuna,
las torres transparentan su desvelo.

Su voz era de aguas manantiales
y, cuando hablaba ella, la delgada
seriedad de su rostro era tocada
de cuidado y temblores maternales.

Lejos de su ciudad, de las señales
de una muerte cercana rodeada,
“¡Válame Dios! —decía— y qué cansada
me siento”.

Muere en Alba.

Celestiales
transparencias de rosas y de aroma
se elevan de la sangre de su lecho
en un batir de alas de paloma.

Avila, que la espera por el cielo,
callada está en sus torres al acecho
y el corazón inmoviliza el vuelo.

Vivís. Nada ni nadie en mi memoria
borrará vuestras huellas, piedras puras,
torreones, volutas con figuras
de monstruos o quimeras sin historia.

Lento el recuerdo girará en su noria,
ciudad de lo pasado. Tú procuras
bucear por mi alma en las honduras,
vivir el hoy conmigo. Tu victoria

soy sobre el tiempo. Te renuevo día
por día y para siempre. Yo te escondo
en la corriente de un secreto río

y me enseñas a cambio la armonía
de escuchar por la sangre el latir hondo
de las cosas lejanas, sueño mío.

Las gentes del trigal y la amapola,
los hombres de la vid y del olivo,
que apacientan su oficio primitivo
en un redondo pan de pena sola,

por el Norte y Sur, son una ola
de humana pesadumbre y ceño altivo
que te trae y te lleva. Son un vivo
bullir en que tu sangre se acrisola.

Los has visto en tus calles cualquier día
como una madre antigua en su ternura
orgullosa de tanta fortaleza.

Avila madre: Cuida de su hombría.
Son mi dolor y mi ansiedad madura.
Mi sueño son y mi total tristeza.

A veces me sucede que me siento
sin ti. Me invade, tibia, la añoranza
de otros cielos vividos, y la usanza
de otras gentes me empuja — fuerte viento—

a huir y desterrarme. Lo presiento
en la desgana y falta de esperanza
que me vence a deshora. La mudanza
me ronda y urge y muerde el pensamiento.

Y ¿dónde iré? Lejos brotó el olvido.
Sé que por ti soy hombre y en Dios creo
y hallé en tus muros la interior morada:

en ti lo que es eterno has acogido.
Defienden tus adarves mi deseo
y mi límite son frente a la nada.

¡Oh sensitivas tardes de azulada
transparencia de sierras y colinas!
Valle de Amblés que, sabio, determinas
los verdes de esta tierra delicada.

¡Claridad, claridad! Tarde dorada:
alzas el corazón a las divinas
dimensiones del aire. Suave inclinas
tu errante paz al alma fatigada.

Yo cuelgo mi mirada de las cumbres
que al azul van venciendo con la sombra
de un astro que la muerte trasfigura.

Reverberan en piedra rojas lumbres.
No sé gritar. Mi corazón te nombrá
y es mi consuelo amar, Ávila pura...

Ya sentirá la catedral querencia
de tanto vuelo oscuro de vencejos
como vio en su verano. Los bermejos
manchones de su piedra son la herencia

de los días de sol. Puebla la ausencia
de soledad sus arbotantes viejos
y su imagen perfilan los espejos
del aire.

Sola está.

Sabe la ciencia
de lo que en agua fluye o bulle en fuego.
En el blanco letargo del invierno
su penumbra interior de fortaleza

es plegaria latiendo en el sosiego:
Ciudad en vuelo alzado hacia lo eterno;
que la nieve defienda tu pureza.

El agua vio en el pozo de su huerto
y girar la roldana que chirriaba.
vio el arcaduz que lento derramaba
su frescura al terruño seco y yerto.

Vadeó breves ríos junto al puerto
en carro hacia Becedas; terca daba
la lluvia sobre el toldo, y empapaba
la humedad de la tarde el campo abierto.

Agua de pozo, noria, río y lluvia;
materia elemental que cambiaría
por ella el corazón en fértil zubia.

Y tú, ciudad que diste a ella posada,
recuerda que por ella defendía
el agua tu quietud amurallada.

Y si yo muero —imoriré mañana!—
¿qué voy a hacer de ti, Avila viva?
¿Cómo voy a dejarte a la deriva
de una prisa que engendra gloria vana?

¿Sin ti, qué haré, dormido en la lejana
ladera de los muertos? ¿A quién iba
a encargar de tu cuido? Vuelve arriba
frente al sol que te dora. Ten la gana

de vivir que yo tengo. Nunca mueras.
Hazte hueco en el alma de algún hombre
que su angustia serene en tu ventura.

Cuando extinga este mundo sus hogueras,
en las estrellas grabará tu nombre
y tu absoluta paz la noche oscura!

La corona del año

*“He aquí —dijeron los labradores— que nos ha nacido un mancebo
cuyo aliento hace girar la corona del año,
la rueda multicolor del tiempo”.*

(Pablo Antonio Cuadra)

de “El Monte de la Loba”



Institución Gran Duque de Alba



Noviembre

Hace ya frío y abrillanta el sol
el cambiante amarillo de árboles y vides
que los vientos entregan hoja a hoja
como tributo ciego
de doradas monedas al otoño.

Las lomas
apacientan los rastros de la uva
como a un rebaño inmóvil
y vivamente lucen con todos los vestidos
de las muchachas que vendimian.

Arde la vida entera,
crepita
como hoguera que los chicos encienden
al acabar el día

Acá y allá,
por el silencio,
surgen, de noche,
entre lo oscuro,
una a una las llamas ondulantes
y la luna delgada
se aleja en el camino de la escarcha.

Así el vivir se extingue
y la tierra palpita como un reptil dormido.
Es un tregua en la contienda:
la noche vela y cuida de sus muertos
y en sangre, lento, llegará otro día.



Diciembre

Los días se hacen cortos
pero el recuerdo es largo.

Detengo este sol frío de diciembre
por alargar un poco la jornada.

No me des el prodigio para aumentar la fe,
sino el tiempo preciso —oh, esperanza de vida—
para que algo florezca a salvo de la noche.

Decidme, amigos:
Si ahora estoy olvidado,
¿me olvidaréis así después de muerto?

Enero

Noharre.

Yo vine aquí siendo muchacho
para enterrar a un hombre.
Nunca supe ni cómo se llamaba.
No tenía sentido
para mí.

Recuerdo hoy que nadie lo lloró
(oh, su mujer en casa,
pero era diferente).
Y, sin embargo, creo
que todos lo sentimos,
y éramos forasteros...

Viento frío de enero
amenazaba lluvia.
Ahora me vienen ganas de gritar,
de protestar por todo,
si no andamos unidos.

Febrero

¡Oh, Dios! ¿Y quién tan ciego ha de negarse
al duro amanecer que se aproxima?

La noche ha sido larga y estamos desvelados.
Pitan los trenes antes de partir
y la luna, celeste todavía,
nos tranquiliza.

Pienso
que el corazón del mundo está cansado,
o es que quizá nosotros somos aún muchachos
y por eso lloramos
como niños, al filo de la noche.

Marzo

La puerta ya tenía
allá, del otro lado,
la tenue primavera en su comienzo.

Yo levanto los ojos
hacia el verde naciente
y nada ha sucedido todavía.

Todo germinará.
Brillaba leve el sol
y quizá era el trabajo más sencillo.



Abril

*"Mucho me he divertido sin entenderlo;
perdonadme..." "Pues tornemos a nuestra
palomica y veremos..."*

(Teresa de Jesús)

Solo,
sobre la hierba,
verde,
a veces, en el campo,
rezando salmos,
me sorprende una
diminuta
risa de luz
que yo no quiero pisar.
Me desvío dulcemente
y levanto, en indolencia
clara, los ojos
hacia donde los pinos me rodean.
La tarde
por las quebradas
entre oscuros repechos
baja al dibujo
en diagonal de los sembrados.
Como una piel
el viento que azulea
nos cubre.
—"Me he divertido mucho"— pienso,
y vuelvo a la cabeza del salmo
donde decía: "Mi Señor eres Tú,
no he hallado mi dicha
fuera de Ti".

Mayo

Ha llegado
la lluvia
lenta
tibia
como muchacha fatigada.
Las arboledas
de mojadas sentencias
entreoídas
resbalan como peces
en el agua del firmamento
y un balido
nos llega entre la luz
atardecida.
El agua
dichosa, soledad viva,
se siente
como temblor, inesperada
delicia.
Se pone todo
lo que es ternura
en evidencia.
Y yo veo
tras el cristal de lluvia
el revés de las cosas,
cómo somos distintos:
¡Oh, acuario de vivir,
de resbalar por la memoria
en la que somos hombres!

Junio

*(Bueyes pastando junto al río
que anegó el poblado)*

Ten paz, hijo, ten paz,
que el mundo rueda
hacia otros prados
donde quizá no nos veremos.

Ya desde la impotencia
fijos, zaínos bueyes
en tu mirada otean
cómo anegan las aguas
lo que fundó la paz.

—Pero tenla tú, hijo.
El abandono muge
por casas en derribo
que el río está sembrando
de sus hierbas inútiles.

(¡Oh, verano,
tormenta de granizo,
la destrucción es tuya
como nuestra la guerra!)

—Pero ten siempre paz.

Ve los toros que rumian
su quietud de granito
y en otras hierbas sueñan
inmóviles, oscuros.

Julio

Deseo ser como los hombres
de los que antiguas crónicas nos hablan,
con ganas de vivir
y una tierra de nadie en que habitar,
colinas claras
en las que siembre trigo,
días y sol
lentamente vagando por las rutas celestes
y una tienda de lona
cuya puerta enrollada
deje que yo vigile desde el sueño
el giro que ha tomado una estrella que yo sé
en la constelación más conocida,
y que Dios baje por las tardes
a hablar o a estar callado junto a mí.

Agosto

Se durmió sobre una piedra de granito
fuera de la casa abandonada
junto a la carretera del asfalto,
y a través de los huecos de la casa,
aunque era mediodía,
no se vio a los hombres sentados a comer,
los balcones sin puerta,
la casa sin tejado,
y el azul de los aires yendo y viniendo
dentro.

Yo no te he despertado al pasar junto a ti,
quienquiera que tú seas,
hombre tan sólo, como yo,
viajero.

Has cerrado tus puertas
por quedarte con algo para el sueño,
el azul de los ojos, libre,
yendo y viniendo, dentro,
en espera de encontrar otra luz
después de haber vivido entre las cosas.

Setiembre

Sin duda ya estos árboles
rodeados de sombras
en esta hora en que la tierra
aparece cansada
tienen la atroz tristeza
de un hombre vivo.

Setiembre, dorado,
purificado del estío,
solitario,
setiembre sin piedad,
más breve cada día,
como estos árboles
que ven girar las estaciones claras
en busca de las grises.

El viento apenas deja
modestamente
entreoír una u otra
palabra entre las ramas.
Tánto silencio (me oigo respirar),
que parece en el alma
que alguien logró fundir
los múltiples ruidos
de pájaros, de carros, voces lejos y trenes
donde gentes viajan
lo mismo que nosotros
tratando de ocultar
su ansiedad por las cosas
a través de una sombra finísima
que deja en vilo nuestras almas.

Variaciones sobre setiembre

de "Avila la Casa"



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Agrio limón de la tarde
sobre retoños aún verdes;
llamaradas amarillas
de un violento setiembre.

Agil hoguera del tiempo
donde arde, vivo, mi cuerpo.

El hombre que ha nacido a la tristeza
Setiembre ha de llamarse por el oro
de rastros podridos, y ese toro
que inútilmente muge sin fiereza.

Setiembre morirá con la pobreza
de un campo ya desnudo y sin decoro;
Setiembre, avaro, muestra su tesoro
de tiempo consumido con largueza.

Consciente es él de que nació maduro
y se palpa a sí mismo y desconfía
de tanta soledad. No goza ahora

si mira lo vivido. Su futuro
tal vez no se perfila todavía
y no sabe en la noche si es que llora.

Por los andamios antiguos
Dios ha venido esta tarde.

Por los andamios antiguos
de levantados pesares
corazones van y vienen
con la cal y los ladrillos,
y esta tarde de setiembre
a Dios encierran conmigo.

Setiembre cazador; viejo galgo, Setiembre;
que el verde de las viñas trizas en tu carrera
cuando azorada salta la liebre de su cama:

Deja dorar los gajos de esta parra sin dueño
que oculta entre hojarascas azúcar del verano
bajo la polvorienta tersa piel de las uvas.

Me tiendo en esta linde para ver tu regreso,
tu lengua jadeante, tu terco esfuerzo estéril
por borrar de la tierra todo rastro de vida.

Vuelves ya por las lomas desde los pimpollares
con los chicos que buscan las polladas tardías,
y entre las mochas cepas los racimos perdidos.

Ven junto a mí, Setiembre; reclina tu cabeza
en mi muslo cansado. Que mi mano compruebe
el arco de tus lomos y tu lengua me moje

si con tus dientes juego.

Calma, Setiembre, hay tiempo.

Vendimiemos hoy juntos: Que las uvas consigan
dar sabor a las horas, cuando ya estemos lejos.

Porque es hombre sin bienes,
sin ayer ni futuro,
canto a Setiembre.

Porque Setiembre es pobre
y gasta su dinero
en labradoras bodas
y en ferias y en toreos,
grito: ¡Vivan los novios
y el toro que yo quiero!

Que Setiembre se case
de una vez para siempre
y que llene de hijos
la mujer que se lleve.
No le suceda luego
que nadie se lamente
cuando se quede muerto
hacia el dos de noviembre
y un cielo de ceniza
lo amortaje solemne.

Antes de que la gente
en pronta sementera
vacíe sus bolsillos,
¿quién a Setiembre alegra
en la feria del hambre
comprándole la yegua?

Que no nos diga ahora
que trae el cinto flojo.
Que se gaste su aquel
de sol a sol, con todos,
y que muera aclamado
como un toro en el coso
lleno hasta la bandera
en un clamor de oro.

—¡No se oiga ni un silbido
cuando este toro muera!

Palmas habrá y pañuelos
al arrastrarte fuera
que coronen tu gloria
vana, Setiembre, huera.

 Institución Gran Duque de Alba

Mediterráneo, 70

Las esferas aquellas de color
verde, naranja, azul,
que las geishas usaban en el baño
y tú, mientras cantabas,
para lustrar tu bronceado torso;
los paseos al borde de la espuma
en Playa de San Juan,
y aquella tu difícil continencia
durante mi visita,
todo se hizo lejano una mañana
de setiembre
porque el cielo era intenso
y ni una nube había en lo profundo
de lo azul. Claridad: oh fiel presente
que no perdona los recuerdos.

(inédito hasta ahora)

Dormida Esfinge

(poemas no incluidos en libro)



Institución Gran Lique de Alba

Dormida Esfinge

¡Ah de la vida! ¿Nadie me responde?

(Fco. de Quevedo).

Avila del ensueño: La más libre aventura
altos muros opacos, no celestes, te cierran:
brillan arriba tordos donde la luz es pura
y abajo se oyen pasos que la esperanza entierran.

El equilibrio máximo logrado a mediodía
es un lento declive de cansada tristeza
cuando la tarde cede. De ti la vida huía
—sin metáfora alguna—; no volvió su cabeza.

Vasta oquedad redonda la noche propiciaba,
hueca cáscara rota, símbolos del vacío:
la pisada en la arena el silencio rozaba,
el ruido de las hojas de algún árbol, o el río.

—*¡Ah de la vida!*, dije; y sólo las callejas
desiertas en el hielo oyeron mi llamada.
Con añejos decires, engaños y consejas
a la esfinge han dormido. Nadie responde nada.

¡Eh, avila, despierta! Te reclama el presente.
Sacúdete los siglos y entrega tu secreto
a tu llana, apacible, serena y noble gente
que tanto ha tolerado la altivez de tu reto.

Sabios enterradores preparan tu mañana.
Ya no serás la virgen perdida en el bullicio
multicolor y espeso de esta fiesta aldeana:
Bárrelos con tu ira. Vivir es buen oficio.

Tierra de Benjamín

Lo he visto por setiembre, confundido
el ocre de su Valle de Corneja
con su piel rota a surcos. No me deja
la luz de su pupila, su abstraído

divagar sobre línea y colorido
de hoja y roca, decir cómo refleja
su pelo gris la tarde plata y vieja
que no muere; oh verano, detenido!

Aquel caballo que recuerda a Piero
o a Mantegna; cipreses de Florencia
vuelos chopo en la sierra; el ligero

temblar de la pasión y adolescencia
de aquel muchacho rojo con sombrero;
eran tu tierra, Benjamín Palencia.

(inédito hasta ahora)

Cómo no amarte tanto, Avila;
cómo no ser agradecido!
Cómo pagar el oro antiguo,
moneda en lluvia desflecada

por este sol que ya es recuerdo
en la esmeralda de tu valle!
Tenue tu viento en el adarve
mi ensueño hinche, vividero:

Yedra en el musgo, entumecida,
tu barrio en ruinas que recorro;
zaguanes, patios, viejos pozos,
pinas callejas retorcidas.

Zocos moriscos y judíos;
enjalbegadas portezuelas
que al sol destellan en hilera;
cercado limpio y labrantío.

Doradas, leves, las iglesias
románicas abajo. Torres,
arriba, linajudas. Pobres
arrieros. Viejas que musitan

sus cuentas de perdón. Chiquillos
que a voz en risa gritan vida.
Ciudad de tanto cielo. Vivas
siempre. Cómo no amarte, dilo!

Y sé que un día, de la muerte
vas a librarme, si te llamo;
si ya no hay tiempo y a tu lado
me acojo siempre, siempre, siempre.

(*inédito*)

¡Snack Bar,
Terminal Bus,
Liberty-2000,
ciudad tan castellana, made in USA!

Pero aún huele a la roña del Medievo
el casco antiguo de casucas viejas
con arcos ojivales todavía.

¡Salve, Palas Mecánicas,
que nos traerán lo higiénico y lo técnico
en felices colmenas
de vecinos!

¿No era "Azorín" quien recordaba
las calles de Cozuelo,
Telares, Tres Tazas y Tallistas,
Maldegollada, Barruecos, Muerte y Vida?

Todo se barrerá
y nombraremos a una calle
Avenida de la Pala Mecánica Amarilla.

(inédito)

Avila, clara te irás
a azules praderas de viento que claman
tu nombre.

Alta, altiva, ingrave,
creces
desde la acidia, desde la piedra,
desde la humana e inhumana estolidez.

Hoy te requiero, mi ciudad, escucha:
cuando creas morir,
cuando no sufras ya
nuestra cansada dejación,
no dudes más (oh, sí; supe que dudas,
ahincados tus muros en la roca,
erguida en el deseo)
huye y sálvate, y, para siempre,
cuídate y sé libre.

Atiende la llamada que recorre
el ventalle de cedros en la almena:
Asciende al fin —¿no oyes?—,
como todo lo hermoso, tú has de ser eterna.

(*inédito*)

Elogio de Avila en el Quijote Apócrifo

Además melancólico pasea don Antonio de Bracamonte, solo, bajo las palaciegas arcadas de su patio, rehecho de infortunios de las guerras de Flandes. La plata-luz de Avila florece tras la lluvia, vespéral y aisladora: Cuidarse habrá del frío que atenaza sus muslos que guardan dos balazos desde el sitio de Ostende, medio tostado un hombro de una bomba de fuego y otras señales tristes que ocultar no querría. Avanza y se detiene obviado por recuerdos: Si volvió destrozado, fue que ciertos fragutes le quitaron en Francia papeles y dineros. Camino de Castilla, de a pie, y en la compañía de un ermitaño viejo que narraba leyendas de jóvenes amantes en las tierras de Avila, topó con don Quijote y se enzarzó con Sancho fuera de Zaragoza en inútil pelea. Sabe ahora quién era aquel falso manchego desamorado y quién el necio labrador con quien hiló disputa. Ha leído a Cervantes y aprendió que la envidia puede roer la gloria de las armas y letras, pero no aniquilarla. Cómo comprenderían aquellos gofos bobos su defensa de entonces: "Yo, señor mío, soy de la ciudad de Avila, conocida y famosa en España por letras, virtud, nobleza y armas. Aunque me vea roto, vuesa merced lo sepa, soy de los Bracamontes, emparentado en Avila con los mejores nombres que la ilustran" — le dije. ¡Que importaría esto a un loco y su criado, ni qué sabrían ellos del retrato que el Greco hizo de mi pariente Garci Báñez de Múxica...! — ¡Estas malditas piernas y estos escalofríos! — Refrescan ya las noches y esta ciudad es alta... ¿Y dónde está su gloria? Murio Teresa en Alba; Juan de la Cruz en Ubeda. Y aquella neblinosa mañana de febrero el alcalde Pareja

fue herido por el pueblo tras hacer la justicia
de degollar la noble cabeza de mi padre...
—¡Vendrá helada la noche!— Es hora de leer
al maestro sereno de la clara ironía:
Al fin has muerto cuerdo, loco Alonso Quijano,
—“Ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño”—
mas será tu locura la que viva por siglos.
Y yo no he sido loco o santo, dos maneras
de perdurar. Me pesa. Pero estos muros de Avila,
oh estos muros indemnes, sé que vais a vivir,
ocres murallas, templos de amarillo románico,
callejas de la vida, no de la muerte, nunca
de la muerte. Yo dejo mi secreto a estas piedras,
a este abierto palacio, testigo de mis sueños,
de mi débil cojera herencia de mis luchas
en lueñes tierras bajas, de donde vine roto
a defender mi nombre, mi ciudad o mi casa.

(*inédito*)

Tres sonetos a Langa

de “Avila la Casa”



Institución Gran Duque de Alba





Institución Gran Duque de Alba

Vuelvo a la tierra que nacer me viera
y se aviva el rescoldo de la brasa
del alma. Madre vive. Nuestra casa
tiene las mismas puertas. En la era

un muelo habrá de trigo. No se muera
esta paz de la tarde que traspasa
mi vida a mi recuerdo. Ya la masa
dará su pan. Ya habrá otra sementera.

Pero hoy quiero por gusto estar borracho
de luz y en luz antigua recobrado
a la sin sombra gracia de muchacho.

No voy a envejecer. No quiero. Pido
un verano sin fin iluminado
por un pájaro en lumbre convertido.

En tu poca belleza, no yaciente,
erguida, Langa, estás en la llanura,
celestes para mí, con tu basura,
lejana en mi memoria adolescente.

Eterna estás, varada, y de repente
flota a un viento quinceño tu frescura
de estepa, hija del trigo, criatura
amasada de ortigas y simiente.

Tu nombre como sombra me acompañe,
tu nombre entre la mies y el hambre triste,
¡tu nombre celta, celta!

No me engañe
mi mala traza y arte ciudadano:
de ti nací, tu barro me reviste
de la corteza que circunda al grano.

y 3

Y que yo recorría tus trigales
y un dios era entre pinos y ganado;
y que yo me soñaba iluminado
cavando huertas entre cigüeñas;

que sobre mí volaban los pardales,
las urracas y el pato amenazado
del cazador; que el cielo contemplado
y mi carne dorada eran iguales;

que nada en ti termina: estás latiendo
como una liebre tímida en su cama
después de la carrera, y vas abriendo

tus despiertas orejas a un mugido
de metal y motores, y hoy te llama
mi piedad que te salva del olvido.



Institución Gran Duque de Alba

San Juan, Santa Teresa

de “La Trampa del Cazador”



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Lima Sorda

No cordero; sí lima, bajo el plomo;
bestezuela de Dios y apaleada.

Arrodillado,
comía
pan y agua en el suelo
—pero ellos a la mesa—
sentado él en cuclillas pan y agua
—y se levantan ellos
y forman una rueda—
desnuda él para el rito sus espaldas
—Miserere, decían
y sin misericordia.
—Lima sorda, hipócrita,
porque no respondía ni palabra.

Las espaldas desnudas y descalzo,
los pañetes hediondos
que nunca le mudaron.
“Decíanle que por mandar
y ser tenido en santo”.

La disciplina circular caía
—sus espaldas desnudas—
en rueda uno por uno restallando
verso a verso un buen salmo.

Miserere, decían.
largo, lento; ahítos; Miserere.
Le daban uno a uno
duro le daban,
las varillas hendiendo
la blanda piel de aquel molusco.

Regresaba cordero a su celdilla
hueco del ancho de seis pies
y diez de largo
destinado a excusado de los huéspedes
carcelilla hoy de Juan
y “poco más o menos sepultura,

Cuando oía cerrarse ya el candado
y débiles los pasos alejándose,
el día era la noche
y la hoche la helada toledana,
el lejano sonar de agua en el Tajo
sin ninfas que tejiesen sirgo y oro,
sólo la mansa criatura, el agua,
y gritos nocherniegos:
*¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre
aunque es de noche!*

* * *

84

en silencio, de noche
desde la puerta nueva de Visagra.

Lo rodeaban con prebendas.
Lo amenazaban con palabras.
—Oh lima, lima sorda—
Y le regalan cruces de oro.
Y desesperan y lo insultan:

Lima, sorda, decían

porque no respondía ni palabra.

“Y ¿quién?:
un frailecillo como él
nos pone en alboroto”.

Las espaldas de Juan manaban sangre.
La carcelilla oscura está esperando,
y nadie llega, nadie. Miserere.
Tan sólo murmuraban tras la puerta,
tras de la oscuridad,
oh lima, lima sorda.

*¿Adónde te escondiste
Amado, y me dejaste con gemido?*

• • •

“Ven, mira, ha pasado el invierno,
han cesado las lluvias y se han ido”.

Ya con agosto ha vuelto la calor.
Ya los piojos invaden cicatrices.
Ya le cambian la guardia,
y consumido
—tanto calor que desfallece—
salía algunas noches
para verter las aguas.

Vierais medir distancias,
aflojar los tornillos del candado,
asomarse sombrío al balconcillo
que mira al Tajo,
hacer tiras su manta,
tropezar en lo oscuro:

“Deo gratias, ¿quién es?”
gritan casi del sueño.

Lima sorda se calla.

Roncaban otra vez.

El se descuelga.

Rechina el garabato sobre el muro.

Alta la luna marcha sobre el Tajo.

Brilla sobre la puerta del Alcázar.

Ve lejos el castillo San Servantes,
bajo sus pies muralas que resbalan.

Algún matojo sólo

trepando por los muros,

tajo abierto hacia el Tajo.

¡Oh Noche amable más que la alborada!

a gatas, tanteando,

tener el tiempo justo

de esconderse entre monjas.

* * *

Tarde anochece ahora el largo día.

Lima sorda deslízase en la noche;

despacio sube la calleja,

cruza Zocodover.

Alguien lo llama

desde alguna taberna.

Su sombra por la plaza es como un grito:

¡Libertad! va diciendo, si es que oigo.

Crónica de otoño, 1582.

Cuando salían de Medina en la carroza de la vieja duquesa
Doña María Enríquez
y Teresa de Avila hubo de abandonar su carro
en el que había descendido de Burgos a Palencia
—y era el viaje último—
y de Palencia hasta Medina;
cuando se acurrucaba en la carroza.
apoyada por defenderse de los baches de los malos caminos
en la tímida Ana de San Bartolomé y Teresita, la quiteña,
y la carroza de la de Alba rechinaba
y se bamboleaba de linde a linde del camino
andaba ya setiembre declinando
casi pálido, hermoso
como un rastrojo único que apacentara la tristeza.

Atrás dejaban el rosado torreón del castillo
sobre un alcor pelado:
Medina se abatía entre los chopos que ya amarilleaban;
el vuelo alzaba algún alcaraván con larguísimo grito
—¡A dormiir... a dormiiiiir!
y la carroza daba de nuevo un golpe
al salvar un regato y otros baches;
el perro de un pastor contestaba lejano
y los grillos callaban al oír al cochero
—¡Teeente, Andaluza...!, ¡iqueeeta, Postinera...!
aflojaban la marcha las dos mulas
y respiraba ella y se dolía dentro
aunque tuviera fuerzas y acaso sonriera.

Ana ofreció unos higos a la Madre
y ella: "que no tuviese pena,
que demasiado buenos eran aquellos higos,
que muchos pobres no ternían tanto regalo";
y Teresita preocupada:
"que no hallaba cosa para acudir", y ella
—"No llores, hija,
esto quiere
Dios
ahora".

En Alba
se estaba ya en zozobra esperando a la Madre
pues la duquesa joven iba a alumbrar un vástago
—¡qué sé yo!— y había ciertos nervios;
mejor era espantar el peligro con una santa viva;
y había Fray Antonio de Jesús ordenado
que torciese su viaje de Avila hacia Alba,
y contrariada —como dijo— le obedecía ella.

La noche se echó encima como un perro
sin mucho frío, fresca;
resonaban los cascots de las mulas
en los chinarrs y lindazos;
se veía crecer la oscuridad,
brillar las lucecitas lejanas de las casas humildes,
los grillos y las ranas chillando y respondiendo
en sus notas agudas y en flautas de hojalata.
La noche estaba llena de Teresa
en su viaje último.
Pero que no, que iba luego a Salamanca y Avila
porque allí hacia falta y esperaban sus hijas
y a Madrid, a fundar;
pero que estaba muy molida y con harta flaqueza.

Se abría su memoria hacia lo oscuro:
El aposento de Palencia, fresco, bueno, aseado,
“que no puede parecer mal”.
Valladolid y Ana de Jesús, altiva ahora,
y también María de San José, que tan queridas eran,
y ella: “Mohina estoy cómo se suben a mayores éstas”,
y la suegra de don Francisco
y aquellos abogados, porque dije que no
a lo del testamento:
que no parecía buena, ni con virtud siquiera,
y la Piora: “Váyanse ya, y no vengan más aquí”.

Rezongaban las mulas. Nuevos baches
traqueteaban las portezuelas,
y se asustaban ellas, y la quiteña andaba
tristecilla
¡16 años!
Teresa la sentía junto a sí,

se recostaba en ella buscando calorcito,
que no sabía qué iba a hacer,
"que, aunque bonita, es niña" todavía
La contemplaba como la vez primera cuando llegó de América,
chiquituela quiteña, crecida entre las monjas,
y que bien se acordaba la niña de que ella le decía
"cómo vernía tiempo que la querría
y no la ternía",
y así era, que era el viaje último;
habían ya pasado Peñaranda
y amanecía luego borrando la mermoria.

En Alba
había ya parido la duquesa,
bien seguro "que ya
no será menester allí esta santa",
pero llegó tundida por los golpes.
Caída y levantada pasaba largos días,
despachaba sus cosas: visitas y papeles.
Su hermana Juan y Juan de Ovalle
y el muchacho hijo de ellos y la duquesa vieja
y ella pensando aún en seguir su viaje
cuando vino la sangre manchando blancas sábanas.
La sangre le manchaba todos los lienzos blancos
y ella palidecía quedándose serena,
Dios era ya la paz y todo era sosiego.
Le sujetaba Ana su cabeza doblada
y ella: "Hija,
ya ha llegado la hora de mi muerte"
Y así fue aquel otoño:
hacia casi las nueve de la noche
moría como hija de la Iglesia;
un cimbalillo dulce tañía desde fuera
y quizá una paloma volase por lo oscuro.



Institución Gran Duque de Alba

El juego de las transcripciones

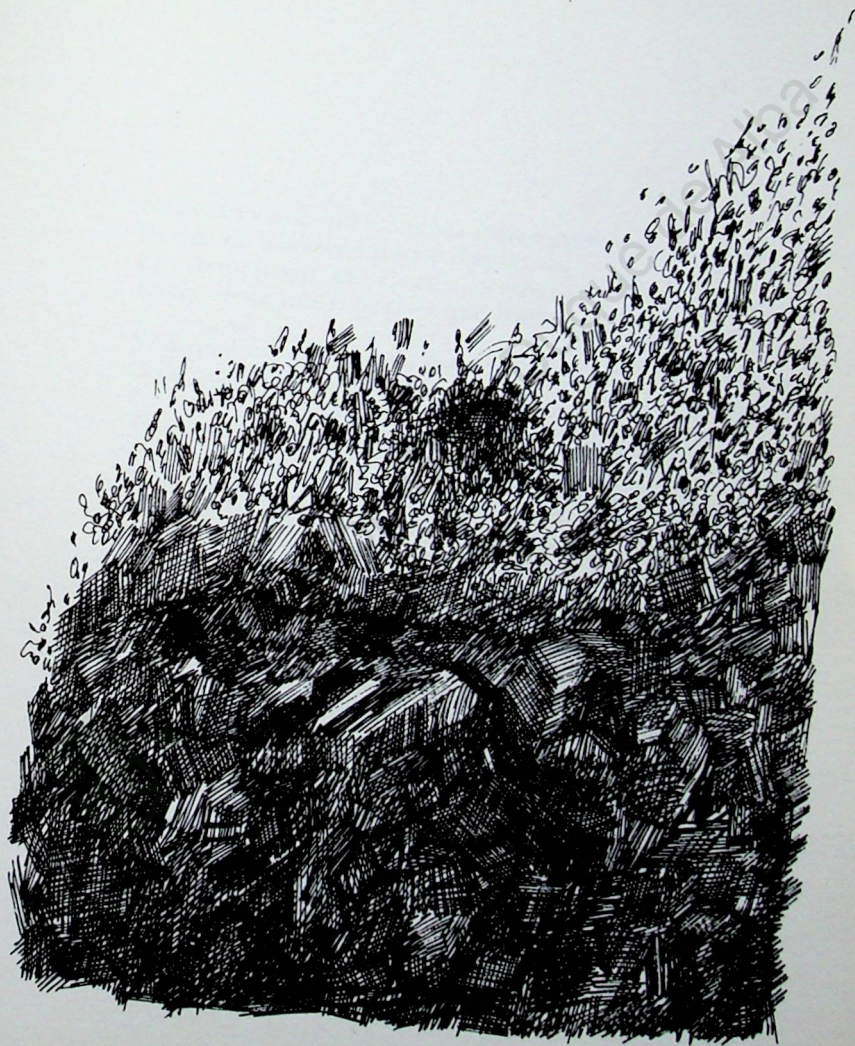
de “La Trampa del Cazador”



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba



Nouveau venu, qui cherches Rome en Rome,
Et rien de Rome en Rome n'aperçois,
Ces vieux palais, ces vieux arcs que tu vois,
Et ces vieux murs, c'est ce que Rome on nomme.

Vois quel orgueil, quelle ruine: et comme
Celle qui mit le monde sous ses lois,
Pour dompter tout, se dompta quelquefois,
Et devint proie au temps, qui tout consomme.

Rome de Rome est le seul monument,
Et Rome Rome a vaincu seulement.
Le Tibre seul, qui vers la mer s'enfuit,

Reste de Rome. O mondaine inconstance!
Ce qui est ferme est par le temps détruit,
Et ce qui fuit, au temps fait résistance.

Joachim Du Bellay.

Buscas en Roma a Roma ¡oh, peregrino!,
y en Roma misma a Roma no la hallas;
cadáver son las que ostentó murallas,
y tumba de sí propio el Aventino.

Yace, donde reinaba, el Palatino;
y limadas del tiempo las medallas,
más se muestran destrozo a las batallas
de las edades, que blasón latino.

Sólo el Tíber quedo, cuya corriente,
si ciudad la regó, ya sepultura
la llora con funesto son doliente;

¡Oh, Roma!, en tu grandeza, en tu hermosura
huyó lo que era firme y solamente
lo fugitivo permanece y dura.

Francisco de Quevedo.

Buscas Avila en Avila, romero,
y Avila misma en Avila no hallas;
viejos arcos, palacios y murallas
la tumba son del viejo lar guerrero.

Aquel orgullo, aquel fervor severo
que libraba del alma las batallas,
la arañita del tiempo entre sus mallas
lo apresó con engaño lagotero.

Avila es sólo de Avila añoranza;
un Avila a otro Avila ha vencido.
Adaja solo, manso, si fluyente,

de Avila llora su total mudanza:
Agua y piedras el tiempo ha ennoblecido
y hundió a la vida tan pesadamente.



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

JACINTO HERRERO ESTEBAN

SOLEJAR DE LAS AVES



DIBUJOS

MIGUEL ANGEL ESPI

PLANTAS DE LA ZONA

DE LA ZONA DE LA



Institución Gran Duque de Alba

1913-1914

1913-1914

EL VUELO DE CALANDRIAS

-Si encuentras en el camino un nido de pájaros, con polluelos o huevos, sobre un árbol o en el suelo, y la madre está echada sobre los polluelos o sobre los huevos, no tomarás a la madre con las crías-. Deut. 22, 6.

Era el comienzo de vivir, el agua.
Era el comienzo, el campo.
Sin encañar aún, el trigo.
Sin incubar aún, el nido.
Al comienzo, la madre
sobre el árbol o el suelo entre cañizos.
El día claro, húmedo en las junqueras.
Acuérdate, que tú eras chico.
Sin estirar aún, tus zancas.
Sin enturbiar aún, tus ojos.
Acuérdate, si encuentras
en el camino, hoy - figura
de paramento mal pintado -,
en tu surco algún nido,
como piden las leyes
de Moisés, con polluelos o huevos,
y la madre está echada,
porque ése es el comienzo; el campo tuyo:
El invierno es exido que el marzo quiere entrar,
están los chicos al ejido,
y costanilla arriba
vuelves tú de la mano de tu padre,
y ves de las macollas de vallicos alzarse
un vuelo de calandrias
y una prohibición, acuérdate,
asegura la vida que amanece, no allí,
más lejos siempre... junto al agua.

EL MUNDO DE CALABRIZAS

El mundo de Calabrizas es un mundo de
gente que vive en el campo, que vive en
la naturaleza, que vive en la libertad.
El mundo de Calabrizas es un mundo de
gente que vive en el campo, que vive en
la naturaleza, que vive en la libertad.



Institución Gran Duque de Alba



 Institución Gran Duque de Alba

SYLVIA

¿Has visto entre las jaras y los tojos
la pequeña curruca rabilarga?
(Sylvia undata, en los libros). Ella carga
con telillas de araña y brotes rojos

por decorar su casa. Con abrojos
y aliaga la protege de la amarga
rapiña. Viva y ágil Sylvia. Larga
de cola. Sylvia alegre en los despojos

del desmonte y los brezos. Criatura
feliz, tan diminuta, tan ligera
como los pobres del Señor. Aquellos

que no han sembrado ni cosechan. Pura
esperanza que han puesto en quien dijera:
No os dé miedo vivir. Sed como ellos.

LA PICAZA

Inquieta la picaza picotea
de blanco y negriazul como munícipe
en fiestas patronales. Cómo gusta
de hacer bien su papel con tan insólitos
meneos de la cola de su frac.
Quizá es algún político avisado.
De Norte a Sur recría. Por colores
y metálicos brillos azuzada
atesora -no sabe para quién-
hebillas, cristalitos; alfileres
huevecillos y vainas y semillas.
A finales de invierno, por centenas,
grupos ceremoniales por el llano
discuten, saltan, gritan una a otra
las sapientes urracas en congresos
cuyos designios son desconocidos.
Yo las he visto desde bien muchacho
y cuánto daño hacían al sembradol



ALONDRAS

Bajo el azul, en luz,
sobre el verde del césped,
el canto blanco
del pájaro:

alondra, alondra, alondra
parda.

Bajo el azul,
sobre el verde en que yago,
la nube blanca
amparándome:

porque no existen hayas
que hagan sombra,
ni tengo un caramillo
de pastor.

Estoy solo,
y unas alas
arriba
me reconcilian
con la tierra.

Alondras y currucas y trigueros
y la ciudad
que está lejana
y ahí mismo
olvidándose.

Y aún persiste o vibra
este canto
arriba:
la paz, la paz, la paz.

LA OROPENDOLA

Cuando a la tarde tiemblen los álamos de las hojas de plata
y espejeen las aguas del río entre lo verde
voy a bajar contigo hasta la orilla
para escuchar el silbo de la oculta oropéndola
porque ella vive aquí, aunque ni tú ni yo la conocamos.
Y virgilianamente
tendido yo de espaldas en el césped
acecharé las tiernas horquillas de las ramas
donde los ornitólogos
dicen que ha de colgar su nido la oropéndola.
Porque ni tú ni yo
la hemos visto volver de sus tierras calientes
y ahora que luce el sol
el reverbero de los brotes recientes de los cauces fluviales
confundirá el ovillo amarillo del pecho de los machos
con el hueco de sol entre el follaje ensombrecido
y sólo, cutio, el ojo del pastor
sabría unir el silbo con el brillo
aleteante entre las altas ramillas que lindan con el cielo.
Y yo sé que de noche
viajaron ocultas como puntitos negros en lo oscuro
y buscaron de día el azúcar de los higos del sur
la pulpa tersa de los cerezos rojos,
las moras de las zarzas.
Tales son mis noticias. Con abril
han llegado a esta tierra de frutales tardíos
donde también son dulces
las mariposas blancas y hay babosas y orugas

en la corteza de los árboles.
Antes que caiga el sol, oirás su silbo
dorado como ella, como luz
inasible y al fin presente, pura,
aquí, aquí, aunque ni tú ni yo
hayamos visto nunca su iris rojo
sus patitas azules agrisadas
sus alas negras y el rosado pico
con que ahora silba, cálida, tan dulce
y detiene este instante lumínico de Pascua
encendido una noche sumergida en campanas
con su gozo batiendo la raíz de la vida.



Institución Gran Duque de Alba





Institución Gran Duque de Alba

TORDOS

Y llegaba el verano, la diáspora
de amigos. Soledad. Puesto que sólo
los pobres anidamos en Castilla.
Cálida, quieta, polvorienta, ancha,
pero tan viva en su clamor. Ardida
presencia de los nombres que añoramos.
Libros y tiempo sin reloj y cartas
que yo no he contestado. Soy culpable.
Sobre bandos de chovas y estorninos
el cielo limpio y rojo me trastorna.
No sabré descifrar los negros vuelos
de estos córvidos ternes mesetarios;
¿buscan a quién?, ¿de qué nos amenazan?
Oyes tremar sus alas contra el viento
y yo pienso en vosotros, mis amigos.
¿Puede quizá inquietarse el corazón?
Sedienta tierra. Ni una nube. Gritan
los tordos locos. Bajan al rastrojo.
Y bien sé yo la sed que va en mi voz.



Institución Gran Duque de Alba

LA PALOMA

Y tú, paloma arrulladora y montañera,

Rubén Darío.

«Paloma mía,
en los nidales de las rocas,
en escondrijos escarpados»...

Paloma, Pomba, Coloma,
en el alero del tejado.
Columba mea, Palumba,
que rojo el plomo tumba
al suelo desolado.

Pombas azules sobre la ría.
Colomas blancas en el casal.
Grisés palomas en el pinar.
Y caer,

caer,

caería

tu pico rojo

tu cuerpo ajado

tu floja pluma

tu desnortado

caer,

caer,

melancolía,

y tú, paloma arrulladora y montañera...





Institución Gran Duque de Alba

ALCARAVANES

Anohecido ya, en el campo,
fresco el relente, y los cuerpos
tibios aún, pues regresábamos
de las eras a casa, alzaba
su vuelo corto, horizontal,
el amarillo dormilero.
Su grito dulce distendía
los músculos y relajaba
el paso tardo de la vuelta:
- ¡A dormir. Dormir. Dormir...!
Y respondían otros, lejos,
en lo oscuro, llamando al sueño.
Los segadores apresaban
algunas veces a las hembras:
nunca vi pájaro más tímido;
glaucos sus ojos y su pico,
ictéricas sus patas, alas
terrosas, leonadas, quieto,
como terrón de los rastros
o como niño acurrucado,
inerte, inútil para todo.
Levantará su vuelo, si huye,
y en libertad se oirá su grito
nocherniego: - ¡Dormir. Dormir...!
Porque lo bello es inasible
y el misterio reside oscuro
en las raíces de la infancia,
y soy el niño que habrá vuelto
anohecido y solo a casa,
que han encendido ya las luces
y nos esperan los mayores
y soñarán los dormileros
entre las cañas de los trigos.

DECLARACIÓN

Yo, el Sr. D. [Nombre],
delegado de la [Entidad],
por el presente declaro que

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]

[Texto de la declaración]



Institución Gran Duque de Alba

EL VERDECILLO

Muere en mis manos, amarillo y frío,
el verdecillo aquel que me prestaste.
¿Para qué lo pedí, si descendía
de la alegría de los pobres? Era
hijo de la mañana. Devanaba
en su ovillo de oro la riqueza
de la luz y del aire. Poseía
la inconsciencia feliz de lo que es puro.
Nunca fue financiero, ni político,
ni lingüista, ni crítico, o teórico.
No incendió librerías, y volaba
sin bombas bajo el ala. Pobre y pobre,
que es al decir igual que libre y libre,
baja desde mis manos al Erebo
o al Orco - ¿será así, divinos vates,
como queréis que escriba? - . La tristeza
empollará en su nido las tinieblas,
como en mi corazón, la fruta tibia
que él ha picoteado, tan ajeno
a la centella airada de la muerte.

EL VERDECINO



Institución Gran Duque de Alba



GORRIONES

Y él volvía de la guerra a su casa:
la halló deshabitada.
No vio en ella señales de metralla
ni manchas de humaredas
ni huellas violentas.
Abandonada,
sola.
Reanudó la costumbre
y levantó la aldaba de la puerta. Repetía:
- ¡madre, madre!
Un bando de gorriones aleteó en lo oscuro,
rozaban su cabeza,
salían de los zarzos del techo donde estaban durmiendo.
Aturdido,
fue acariciando él a tientas
el sillón de la madre junto al fuego apagado,
los morillos de hierro manchados de ceniza.
Se acurrucó con frío en las baldosas,
Oía regresar a los gorriones,
uno a uno,
y de nuevo esconderse entre los zarzos.
Los oía piar, como el quejido
que retenía él en la garganta.



Institución Gran Duque de Alba





Institución Gran Duque de Alba

EL PAJARO SOLITARIO

La niebla escampa sobre la memoria
de mi lejana soledad primera
y releo con calma viejos versos:
Como Juan de la Cruz, el solitario
pájaro en el tejado yo hube visto
tras la ventana del cansado estudio;
volvía el pico al aire, gorjeaba
en puridad. Son éstas condiciones
de la contemplativa vividura
de espíritu: que sube a lo más alto,
que no sufre compañía, tan amigo
de soledá y silencio que aún espera
palabras del esposo al que tan suave
mente canta. Ya la transida fibra
del olvido rompiendo, y la terrible
noche abierta sin luz. Adolescencia
de años nunca apurados sin heridas
pues todos tiran piedras a este pobre
pájaro sin color que se ha atrevido
a no andar en bandada y vive libre.



Institución Gran Duque de Alba

BUHO REAL

Si topillos y torpes roedores
alzar pudieran su mirada al muro
donde el búho real desde lo oscuro
vela sus movimientos y temores;

si descubrieran rápidos fulgores
de anaranjados ojos; si un impuro
orgullo ratonil contra el seguro
peligro los aupara, retadores...

Querido don Miguel: ¿Desde la niebla
ves los Avito Carrascal de ahora?
¡Oh Palas Atenea! -Nadie puebla

de olivos su jardín. Baldío huerto
éste de la cabeza que atesora
entre hojarasca el pensamiento muerto.



GASPAR HAUSER

Aquí tendrás de todo: la comida,
el agua, un solcillo en la mañana
y un ángulo de sombra por la gana
de sestar la tarde amodorrida.

Mas de esta simple gavia no hay salida:
lasciate ogni speranza. La lejana
sierra de azul no es tuya. Furia vana
golpear los barrotes. Tal la vida.

El diminuto mundo tiene anchura
para tu corto vuelo. Pero canta,
Gaspar. Deja caer tu trino en fleco

como lluvia otoñal que da frescura
a la noche que llega. Tu garganta
encontrará en lo oscuro justo eco.

EL PASO

Protoemigrantes de este oscuro mundo,
como otros primitivos hombres libres,
los pájaros amigos ¿dónde están?
¿La húmeda advertencia del otoño
despertó la memoria de otras tierras?
¿Han visto los rastrojos que verdean
con el relente de la noche? ¿Tiemblan
como yo con el viento que estremece
viejos muros? Está en silencio el campo.
Pero en las casas derruidas, torres
abandonadas, prados, dormideros
en las rutas del sur, confusamente
piarán las bandadas a millares.
Carriceros, currucas zarcerillas,
el verderón, la golondrina, el cuco
retoman por el aire antiguas sendas.
Y nosotros, raigones del terruño,
su paso raudo oímos; tal los teucros
desde las corvas naves en la lliada
aquel clamor de grullas mensajero
de los fríos nublados del invierno.
Y no huimos. El día es corto. Llega
la blanca lavandera desde el norte,
llama a la calma: tsi... tsit... tsit... y blandas
huellas menudas cruzan la nevada.

ESTE LIBRO SE ACABO DE
IMPRIMIR EL DIA 15 DE NOVIEMBRE
DE 1982, FESTIVIDAD DE SAN ALBERTO MAGNO
EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA
COMERCIAL DE AVILA

L. D.



Institución Gran Duque de Alba

Una antología es siempre un recordo por la obra de un autor, que se quisiera sosegada y no rápida, reflexiva y no superficial. Están en estas páginas espigados los poemas que, desde un ángulo o de otro, ofrecen una múltiple visión de Avila (historia, toponimia, clima, paisaje, hombres y poblados), tamizados por la sensibilidad del poeta, que no siempre será la del lector. Pero, si se observa, tampoco la del poeta, que pasa desde una actitud esperanzada y casi adolescente, a una lacerante y comprensiva aceptación de la condición humana, y de la concreta problemática del hecho de su "ser abulense". Quizá esta circunstancia marca la vida para bien o para mal. Pero de todo ello surge, con trazo de palabras, el bosquejo del amor grande y el entusiasmo por la ciudad que el autor transmite secretamente.

Dos grandes poemas narrativos —el de San Juan y el de Santa Teresa—, considerados por Pablo Antonio Cuadra dentro de la mejor poesía producida en España en los años últimos, exceden el ámbito de su propia circunstancia histórica y proyectan sus luces y sombras sobre el vivir de nuestros días. Tal vez pueda decirse esto también del poema sobre Antonio de Bracamonte, que parece traslucir, a manera de apólogo, la vividura del propio autor.

Habremos de felicitarnos por este manojito de sobrios poemas, como abulenses y como lectores exigentes de poesía.

Han Colaborado en esta edición:

INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE AVILA

Inst. G
8